

mente, poseer algunas nociones geográficas y saber de memoria la fecha del advenimiento de los reyes y las de las victorias de los generales, no implica la capacidad de discurrir bien en política, como el conocimiento del dibujo no lleva consigo la destreza en la manipulación telegráfica, ó la habilidad en el juego del *cricket* no supone talento de violinista. "Sin duda—replicará alguno;—mas la posibilidad abre el camino á la adquisición de conocimientos políticos." Ciertamente que así es; pero ¿será seguido el camino? Las conversaciones de sobremesa en el café prueban que, de cada diez, nueve buscan lo que les entretiene ó mueve su curiosidad, no lo que les instruye, y que lo último que leen es el libro que dice verdades amargas ó disipa esperanzas mal fundadas. La educación del pueblo propaga la lectura de escritos que alimentan ilusiones agradables, más bien que la de aquellos que se inspiran en la dura realidad; esto me parece indiscutible. Hé aquí lo que escribe "un artesano" en el *PALL MALL GAZZETTE* (3 de Diciembre de 1883):

"El mejoramiento de la educación despierta el deseo de la cultura, le cultura despierta el deseo de muchas cosas que se hallan fuera

del alcance de los trabajadores. . . en la lucha terrible á que vive entregada la sociedad actual, les es absolutamente imposible el procurárselas á las clases pobres. De aquí el descontento con que miran el presente estado de cosas; y cuanto más avanza la educación, mayor es el descontento. De aquí el que Mr. Ruskin y Mr. Morris sean considerados como verdaderos profetas por muchos de nosotros."

Y que entre los hechos citados en este artículo hay realmente la relación de causa á efecto, podemos verlo en la situación presente de Alemania.

Poseyendo el derecho de sufragio las gentes que son impulsadas á alimentar grandes esperanzas en los beneficios que esperan de la futura reorganización social, resulta que cualquiera que solicite su voto debe, por lo menos, abstenerse de probarles el error en que viven, ya que no ceda á la tentación de afirmar su conformidad con él. Los candidatos al Parlamento se ven forzados á proponer ó soportar alguna nueva ley *ad captandum*. Además, los mismos jefes de partido—éstos por conservar el poder, aquéllos por conseguirlo—procuran ganarse prosélitos, avanzando cada uno más que su antagonista. Todos

buscando popularidad, haciendo ofrecimientos á porfía, según hemos visto recientemente. Y, como en las luchas parlamentarias puede observarse, la lealtad para con el jefe no consiste que se discuta el valor intrínseco de las medidas propuestas. Así, los representantes de la nación son bastante poco escrupulosos para votar en favor de leyes, que, en principio, reprueban; y de este modo aliéntase una política viciosa por los mismos que reconocen sus vicios.

Simultáneamente se activa por fuera una propaganda, de la que todas estas influencias son excelentes auxiliares. Las teorías comunistas, acepta las en parte, una después de otra, por el Parlamento, y tácita si no francamente estimuladas por muchos hombres políticos que tratan de crearse partidarios, son sostenidas con gran aparato de palabras por jefes populares y hallan robusto apoyo en sociedades organizadas. Por esta manera se ha producido ese movimiento para *nacionalizar el suelo*, con lo que se aspira á un sistema de propiedad territorial, equitativo en abstracto, pero que, como todo el mundo sabe, quisieran establecer Mr. George y sus amigos, comenzando por desconocer los justos títulos de los

poseedores actuales, y como base de un proyecto que conduce en derechura al socialismo del Estado. Gana también terreno la *Federación democrática* de Mr. Hyndham y sus colegas. Estos nos dicen que "el puñado de merodeadores que detentan el suelo no tienen ni pueden tener otro título que la fuerza bruta, ejercida contra millones de ciudadanos, cuyos derechos lastiman." En otra ocasión exclaman: "Los accionistas á quienes se ha permitido poner la mano sobre nuestras grandes vías de comunicación con los caminos de hierro. . . ." Condenan sobre todo "á la clase activa de los capitalistas, á los banqueros, á los labradores, á los explotadores de minas, á los empresarios, á la clase media, á los fabricantes, á todos esos *nuevos señores feudales* que quieren obtener un beneficio cada vez mayor de los esclavos asalariados que emplean." Y creen que "ha llegado la hora de emancipar á la industria de la supremacía de la avidez individual" (1).

Debemos todavía mostrar cómo estas tendencias, sostenidas en diferentes terrenos, son aún patrocinadas por la prensa, donde de día

(1) *Socialismo hecho plan*,—Reeves, 185 Fleet Street.

en día encuentran más defensores. Los periodistas, atentos siempre á no decir lo que pudiera desagradar á los lectores, se dejan arrastrar por la corriente y aumentan su fuerza. Callan ante las ingerencias legislativas que en otros tiempos hubieran combatido, si no ocurre que sustenten su legitimidad, y hablan del *laissez-faire*, como de una doctrina caída en desuso. Un día nos dicen: "el pueblo no se asusta ya del socialismo:" y otro, abruman con el peso del ridículo á una ciudad que no adopta el establecimiento de Bibliotecas libres, burlándose de ella por haberse alarmado ante una medida tan moderadamente comunista. Por otra parte, los editores, buscando público, afirman que esta evolución económica se impone y debe aceptarse, con lo que dan la preferencia á los escritos en que se aboga por ella. Al mismo tiempo, los que conceptúan aciaga la opinión reinante y esperan todavía menos cordura en lo futuro, guardan silencio ante la creencia de que es inútil discutir con un pueblo que se halla en pleno estado de intoxicación política.

Véase, pues, las muchas causas concurrentes que obran para acelerar de continuo la transformación que se opera. Hay la extensión

de la reglamentación, favorecida por los precedentes, que gozan de tanta más autoridad cuanto más numerosos son. Está la necesidad progresiva de una mayor coacción é intervención del gobierno, originada en los males imprevistos y esperanzas frustradas, que han sido la única consecuencia de las restricciones anteriores. Por otro lado, cada nueva ingerencia del Estado fortifica la opinión tácita de que el gobierno debe suprimir todos los males y asegurar el goce de todos los bienes. El poder creciente de una organización administrativa que se robustece por momentos, va acompañado de una impotencia, también creciente, en el resto de la sociedad para resistir á ulteriores invasiones. El desenvolvimiento de la burocracia, multiplicando las carreras oficiales, se atrae el favor de las clases gobernantes, brindándoles con la posibilidad de asegurar á los individuos de su familia posiciones cómodas y respetadas. La masa de ciudadanos, habituada á considerar los beneficios recibidos de los agentes públicos como beneficios gratuitos, alimenta esperanzas, continuamente excitadas, de recibir otros nuevos. La difusión de la enseñanza, facilitando la própagación de ilusiones halagüeñas más bien

que la de verdades amargas, aunque saludables, generaliza y aviva tales esperanzas. Y lo que es peor, éstas son alentadas por los candidatos al Parlamento, que aumentan así sus probabilidades de triunfo, y por los directores de la política, que se hacen cortesanos del pueblo á impulsos del interés de partido. Viendo sus opiniones confirmadas frecuentemente por nuevas leyes, los utopistas políticos y los filántropos imprudentes acrecientan sin cesar la agitación con confianza y éxito cada día mayores. El periodismo, eco siempre dócil de la opinión popular, la fortifica presándole su voz; y los pocos hombres previsores, presa del mayor desaliento, no se atreven apenas á manifestar sus ideas.

Así, influencias de varias clases aspiran para fortalecer la acción colectiva y debilitar la individual. Y este cambio se acelera en todos los sentidos por los forjadores de proyectos, de los cuales cada uno atiende sólo al suyo propio, sin parar mientes en la organización general que prepara con él, unido á todos los de los demás. Se ha dicho que la Revolución francesa devoró á sus propios hijos. No reputamos improbable ahora una catástrofe análoga. Las numerosas transformaciones opera-

das por el Parlamento, juntamente con las otras muchas que están en vías de realizarse, desaparecerán en medio de la inmensa ola socialista que habrán levantado poco á poco.

Pero ¿por qué presentarnos esto como "la esclavitud del porvenir?" Hé aquí una pregunta que nos dirigirán no pocos. La respuesta es fácil. Todo socialismo implica la esclavitud.

En efecto, ¿en qué consiste esencialmente la esclavitud? Todos dirán: en la posesión de un hombre por otro. Sin embargo, para que esta posesión no sea simplemente nominal, es necesario que se cohíba la actividad del esclavo, coacción ejercida casi siempre en provecho del dueño. Por consiguiente, lo que caracteriza fundamentalmente al esclavo es el hecho de trabajar por mandato y bajo la presión de la voluntad de otro, cuyos deseos debe satisfacer. Esta relación de dependencia admite diversos grados. Recordando que originariamente el esclavo es un prisionero de guerra, cuya vida está á merced del aprehensor, se ve que hay una forma dura de esclavitud, en la que el hombre, tratado como un animal, debe consagrar la totalidad de sus esfuerzos al beneficio de su amo. Bajo un

sistema menos duro, aunque ocupado principalmente en trabajar para su señor, se autoriza al esclavo á disponer de cortos intervalos, durante los cuales puede trabajar para sí, y se le concede un pedazo de terreno, con cuyo cultivo puede mejorar su alimentación. Merced á progresos ulteriores, adquiere el derecho de vender los frutos de su campo y guardarse el producto de la venta. Viene en seguida otra forma aun más moderada, que se presenta allí donde hombres libres que cultivaban sus propiedades son reducidos á la servidumbre por efecto de una conquista. En este caso, el esclavo debe aprontar al señor todos los años cierta suma en trabajo ó en frutos, ó en ambas cosas á la vez, reservándose el resto para sí mismo. En fin, á veces, como ocurría en Rusia, hasta una época reciente, el siervo puede abandonar la casa de su señor y trabajar en otra parte en provecho propio, á condición de satisfacer una pensión anual á sus antiguos dueños. ¿Qué nos lleva en estos diferentes casos á calificar la esclavitud de más ó menos rigurosa? Evidentemente, la mayor ó menor parte de trabajo que el dueño recaba para sí: si todo el trabajo es para el dueño, la esclavitud es dura; si

sólo una parte escasa, lijera. Continuemos. Supóngase que el señor muere y que los esclavos pasan, juntamente con las propiedades, á manos de fideicomisarios; ó supóngase que una sociedad particular compra esclavos y propiedades: ¿habrá mejorado la condición del esclavo si la suma de trabajo que se ve obligado á ejecutar permanece la misma? Sustitúyase una comunidad á la compañía: ¿constituirá esto una diferencia para el esclavo, si el tiempo que debe trabajar para los demás y el que puede trabajar para sí no han sufrido alteración? El grado de su esclavitud varía entre lo que se ve obligado á dar y lo que se le permite retener; nada importa que el señor sea un individuo ó una comunidad; si se le obliga á trabajar para la sociedad y recibe del fondo común la porción que ésta le señala, será esclavo de la sociedad. La organización socialista exige una esclavitud de este género y á ella nos arrastran muchas medidas recientes, y el impulso será mayor cuando se aprueben otras por las que se aboga. Veamos en primer-término las consecuencias próximas de tales medidas: después examinaremos las remotas.

El sistema iniciado con la Ley acerca

de las habitaciones admite desenvolvimiento, y se desenvolverá. Donde las corporaciones municipales han construido barriadas para los obreros, han contribuido inevitablemente á la depreciación de las casas que antes existían y dificultado la construcción de otras nuevas. Cada prescripción relativa á la manera y forma de construir, rebaja el beneficio del constructor y es causa de que éste consagre su capital á otras empresas que rindan más. Por otra parte, los propietarios, viendo que las casas de corto alquiler exigen más trabajo y acarrean mayores pérdidas que las de más, sometido ya á la inspección é ingerencia administrativas y á los gastos que trae consigo, serán obligados á venderlas; pero las mismas razones alejarán á los compradores y tendrán que vender con pérdida. Y cuando la reglamentación, cada día más estrecha, llegue tal vez, como Lord Grey propone, á exigir del propietario que mantenga la salubridad de las habitaciones, despidiendo á los inquilinos poco aseados, y agregue á sus demás responsabilidades la de inspeccionar la basura, creyendo la necesidad de vender y disminuyendo en la misma proporción el deseo de comprar, la depreciación de tales fincas será más

considerable. ¿Qué deberá suceder entonces? No construyéndose nuevas casas, sobre todo casas baratas, se reclamará con creciente empeño que las corporaciones municipales suplan esta falta. Los Ayuntamientos ú otras corporaciones análogas tendrán que multiplicar las construcciones ó comprar las casas invendibles á particulares por las razones susodichas; acaso hallen más ventajoso lo último, dado el poco valor de la mercancía. Este proceso se realizará en dos sentidos, puesto que toda contribución local produce una depreciación en la propiedad (1). Después que las autoridades posean la propiedad urbana de las ciu-

(1) Si alguien piensa que tales temores son infundados, considere que desde 1867-1868 á 1880-1881 las contribuciones locales se han elevado en el Reino-Unido de 36,132,834 libras á 63,276,283; y que en el mismo espacio de tiempo en Inglaterra y el país de Gales tan sólo, han subido de 13 millones á 30 millones por año. Que el incremento de las cargas públicas, unido á otras causas, nos llevará á la propiedad pública, es cosa fácil de comprender, leyendo lo que ha dicho Mr. W. Bathbone, M. P., después de dadas á la estampa las palabras del texto: "En los años á que alcanza mi propia experiencia, la contribución local de Nueva York se ha elevado desde 12, s 6 d por 100 á 21, 1s 6 d por 100 del capital de los habitantes. Esta carga excede á la renta de un propietario inglés."—NINETEENTH CENTURY, Febrero 1883.

dades, habrá un buen precedente para proveer también de habitación á la población rural á expensas de la comunidad. Esto es lo que exige el programa radical y así lo quiere la *Federación democrática*, que insiste en "la construcción obligatoria de casas sanas para los artesanos y trabajadores del campo, en proporción á la población." Evidentemente, lo que se ha hecho, lo que se hace y lo que ha de hacerse nos aproxima al ideal socialista, según el cual la comunidad es la única propietaria de las casas.

Tal será también la consecuencia del sistema preconizado con respecto á la posesión y explotación del suelo. El aumento de los beneficios debidos á la Administración exige un aumento correspondiente en el personal administrativo, y estos nuevos gravámenes sobre la propiedad territorial, cuya renta disminuirá progresivamente hasta que la exorbitación de los impuestos venza la resistencia opuesta por los terratenientes á la transformación de su capital. Ya, como se sabe, es difícil en muchas partes el hallar arrendatarios, aun reduciendo la renta considerablemente; los terrenos de calidad inferior no se cultivan en ciertos casos, y si el propietario

acomete su explotación lo hace con pérdida casi siempre. En verdad, la renta de la tierra no es tan crecida que consienta la exacción de los enormes impuestos locales y generales, indispensables para sostener tantas dependencias y agentes públicos; los propietarios tendrán necesariamente que vender para sacar el mejor partido posible del capital realizado, emigrando y comprando tierras donde las cargas sean más ligeras; así lo han hecho ya algunos. Como resultado de este *proceso*, quedarán sin cultivo las tierras de calidad inferior; entonces podrá ampliarse la petición hecha por Mr. Arch, quien, hablando recientemente ante la *Asociación radical* de Brighton y sosteniendo que los terratenientes no hacen producir al suelo todo lo necesario, decía: "Me gustaría que el gobierno actual tomase la iniciativa para que se votara una Ley acerca del cultivo obligatorio;" proposición que fué aplaudida y que su autor justificó con el ejemplo de la vacunación obligatoria (mostrando así la influencia de los precedentes). Y se insistirá en esta petición no sólo por la necesidad de cultivar el suelo, sino también por la de dar trabajo á la población rural. Luego que se establezca como costumbre el que

el Gobierno tome á jornal á los trabajadores desocupados para cultivar las tierras abandonadas ó las que se adquirieran por precio insignificante, no se estará lejos de la organización que, á juicio de la *Federación democrática*, debe seguir á la adquisición del suelo por el Estado, á saber: "La creación de ejércitos agrícolas é industriales bajo la dirección del Estado y según los principios cooperativos."

Al que dude de que semejante revolución puede ser cumplida, bastará citarle algunos hechos, que le demostrarán su posibilidad. En las Galias, durante la declinación del imperio romano, "tan excesivo era el número de los que recibían en comparación de los que pagaban, tan abrumadoras las cargas públicas, que el labrador sucumbió, los campos quedaron desiertos y pobláronse de bosques los sitios que antes surcaba el arado." (1). Del mismo modo, al aproximarse la revolución francesa, la multiplicación de las contribuciones obligó á no cultivar muchas tierras, algunas de las cuales fueron abandonadas; la cuarta parte del suelo estaba absolutamente inculca, y en

(1) LACTANCIO, de M. Persecut. Cap VII y XXIII.

algunas provincias la mitad de las tierras eran verdaderos páramos. No nos hemos visto libres nosotros de vicisitudes análogas. Bajo la antigua ley de los pobres, en muchas partes eran imposibles los arriendos, las cuotas se elevaron en algunas parroquias hasta absorber la mitad de la renta y hubo caso en que excedieron á los productos del suelo.

"En Cholesbury, en Buckinghamshire, en 1832, la contribución para los pobres cesó repentinamente, porque era imposible recaudarla, á consecuencia de haber renunciado los propietarios á sus tierras, los arrendatarios á sus arriendos y el vicario á sus beneficios y diezmos. El pastor, Mr. Jeston, refiere que en Octubre de 1832, los administradores de la parroquia cerraron sus libros y los indigentes, agrupados delante de su puerta desde la madrugada, le pedían consejos y alimentos. Parte con sus propios recursos, muy escasos, parte con los socorros facilitados por los vecinos caritativos y parte con el recargo impuesto á las parroquias limítrofes, pudo sostenerlos durante algún tiempo." (1).

(1) *Relación de los Comisarios nombrados para informar acerca de la aplicación y resultados prácticos de la "LEY DE LOS POBRES"* Pág. 37, 20 de Febrero de 1834.

Y los comisarios añaden: "el caritativo pastor recomienda que se repartan las tierras entre los indigentes capaces de trabajar, esperando que después de ayudarles durante dos años podrán bastarse á sí mismos. Estos hechos, robusteciendo el dicho de que si la *Ley de los pobres* hubiera continuado treinta años más todas las tierras habrían quedado incultas, demuestran que el aumento de las cargas públicas puede conducirnos al cultivo obligatorio bajo la dirección del Estado.

HE

Volvamos á hablar algo del Estado, propietario de los caminos de hierro, como lo es ya en gran parte del continente. Entre nosotros no ha faltado quien abogue por este sistema hace algunos años; y ahora esta reforma, defendida por diferentes políticos y publicistas, ha sido inscrita en su programa por la *Federación democrática* que propone: "La apropiación de los ferrocarriles por el Estado, con compensación ó sin ella." Evidentemente, la presión de arriba unida á la presión de abajo producirá probablemente este cambio conforme con la política dominante, y le acompañarán otros muchos; porque los propietarios de caminos de hierro, primeramente propietarios y explotadores de estos caminos nada

más, se hallan hoy al frente de numerosas industrias que guardan con aquella una relación más ó menos directa: de donde resulta que el gobierno deberá adquirir estas industrias al mismo tiempo que compre los ferrocarriles. Ya encargado exclusivamente del servicio postal y telegráfico y á punto de tener el monopolio de los vapores-correos, el Estado no solo trasportará los pasajeros, las mercancías y los minerales, sino que unirá á sus diferentes oficios actuales otros muchos. Hoy, además de construir cuarteles, arsenales, docks, puertos, diques, etc., fabrica buques, fusiles, cañones, municiones de guerra, prendas de vestir y calzado para el ejército; y cuando se haya apropiado los ferrocarriles, con ó sin compensación, como dice la *Federación democrática*, se convertirá en constructor de locomotoras y wagones, en fabricante de grasa y cáñamo embreado, y poseerá buques, minas de hulla, canteras, ómnibus, etc. En el entretanto, sus lugartenientes locales, los Ayuntamientos, muchos de los cuales son ya propietarios del agua, del gas, de coches y tranvías, de baños, etc., se habrán hecho cargo de nuevos servicios. Y cuando el Estado se halle así, directamente ó por delegación,

á la cabeza de numerosos establecimientos para la producción y distribución al por mayor, habrá buenos precedentes para que extienda sus funciones á la venta al detalle, siguiendo el ejemplo del Gobierno francés, que tiempo há es vendedor del tabaco al por menor.

«Es evidente, pues, que los cambios realizados, los que están en via de operarse y los que se proponen, nos llevarán no sólo al Estado propietario de las tierras, de los edificios y de las vías de comunicación, sino á la absorción de todas las industrias por el Estado; las industrias particulares, incapaces de vencer la concurrencia del Gobierno, árbitro de disponerlo todo, según su conveniencia le dicte, desaparecerán paulatinamente, como han desaparecido muchas escuelas libres en presencia de las oficiales. Y entonces se habrá realizado el ideal socialista.»

Ahora bien, cuando haya sido realizado ese ideal, hacia el cual, los políticos "prácticos," de acuerdo con los socialistas, nos impulsan, ideal tan tentador por su lado brillante, único que los socialistas contemplan, ¿cuál será el lado sombrío que todos rehuyen de mirar? Es observación fácil y hecha con frecuencia,

que al contraer matrimonio, los hombres paran su pensamiento complacientemente en los goces prometidos y olvidan por completo los sinsabores que les acompañan. Otro ejemplo más elocuente de esta misma verdad nos lo ofrecen los políticos entusiastas y los fanáticos revolucionarios. Conmovidos por los males que existen en la actual organización y no considerándolos como consecuencias de la adaptación imperfecta de la naturaleza humana al estado social, imaginan que es posible remediarlos con este ó el otro sistema. Sin embargo, aunque sus planes fueran realizados, sería únicamente á condición de sustituir unos males por otros. Algunas reflexiones sencillas bastarán á demostrarles que, bajo la reorganización propuesta, deberían ir renunciando á la libertad, á medida que el bienestar material fuese en aumento.

En efecto, toda forma de cooperación, amplia ó restringida, exige el establecimiento de una reglamentación y la sumisión á agentes reguladores. Cualquiera de las mismas sociedades organizadas por ellos les proporciona la prueba: no puede existir sin consejos, sin jefes locales y generales, á los cuales es preciso obedecer so pena de confusión y mal

éxito. La experiencia de los que han abogado con más fé á favor de un nuevo orden de cosas, bajo la dirección paternal del Gobierno, muestra que, aún en las sociedades particulares, libremente formadas, el poder de la sociedad es grande, cuando no irresistible, produciendo á veces murmuraciones é insubordinaciones entre los mismos socios. Las asociaciones obreras que sostienen una especie de guerra industrial en defensa de los intereses de los trabajadores contra los intereses de los capitalistas, comprenden la necesidad de una obediencia casi militar para la eficacia de su acción; porque el disentimiento y división de pareceres serían funestos al éxito de la empresa. En las mismas sociedades cooperativas formadas por la producción ó la venta, en las cuales no se requiere esa obediencia pasiva, indispensable en las otras, cuyo fin es el ataque ó la defensa, los gerentes adquieren tal supremacía, que no es extraño oír á los asociados lamentarse de "la tiranía de la organización." Júzguese, pues, de lo que sucederá cuando, en lugar de asociaciones, relativamente de escaso poder, donde puede ó nó ingresarse á voluntad, tengamos una asociación nacional, á la que será preciso

pertenecer, so pena de abandonar el país. Júzguese de lo que será en tales condiciones un funcionarismo organizado y centralizado, dueño de los recursos de la comunidad y disponiendo de cuanta fuerza estime necesaria para hacer ejecutar sus decretos y *mantener el orden*. Es natural que el príncipe de Bismark manifieste simpatías hacia el socialismo del Estado.

Y después que hayan reconocido, como no podrán menos si piensan en las últimas consecuencias de su sistema, el inmenso poder que el Gobierno tendrá en el nuevo orden social que se pinta con tan bellos colores, que sus mismos mantenedores se pregunten acerca del modo como este poder será ejercido. No fijándose exclusivamente, como acostumbra, en el bienestar material y satisfacciones intelectuales que debe procurarles una administración bienhechora, consideren por un momento á qué precio han de pagar estas ventajas. Los agentes no pueden crear los recursos necesarios; pueden tan sólo distribuir entre los individuos lo que los mismos individuos hayan producido conjuntamente. Si los últimos requieren á la administración pública para que les asista, ésta debe reque-

rirles á ellos para que le faciliten los medios necesarios. No habrá entonces, como ahora lo hay, previo contrato entre empresario y obrero; el sistema excluye tal contrato. Habrá en su lugar órdenes dadas por las autoridades locales á los trabajadores y aceptación por parte de éstos de la tarea que les sea impuesta; y tal es, en rigor, la organización que se indica, clara aunque inconscientemente sin duda, por los miembros de la *Federación democrática*. Proponen, en efecto, que se encarguen de la producción *ejércitos* agrícolas é industriales, bajo la dirección del Estado, olvidando aparentemente que los ejércitos presuponían una jerarquía de jefes y oficiales que exigirían la obediencia, pues de otro modo no habría orden ni trabajo eficaz. Por consiguiente, el individuo quedaría respecto del Estado en la situación de esclavo á amo.

“Pero el gobierno será un amo elegido libremente y que estará constantemente en jaque; un amo, por consecuencia, que no regulará la actividad de los súbditos sino en la medida indispensable al interés de todos en general y al de cada uno en particular.”

A lo que yo replicaré primeramente que, aun aceptado lo expuesto, cada miembro de

la comunidad, considerado como individuo, será siempre el esclavo de la comunidad tomada en su conjunto. Una relación semejante ha existido generalmente en las comunidades militantes, aun bajo formas de gobierno casi populares. En la Grecia antigua se admitía el principio de que el ciudadano no se pertenecía á sí mismo, ni pertenecía á su familia, sino á la ciudad, siendo la ciudad entre los griegos lo equivalente á la comunidad. Y esta doctrina, propia de un estado de guerra constante, la resucitan los socialistas inconscientemente en un estado puramente industrial. Los servicios de todos pertenecerán á la totalidad, y estos servicios serán recompensados por las autoridades como lo estimen conveniente. Por tanto, bien que la autoridad fuera tan benéfica como se supone, la esclavitud, por mitigada que se presentase, no dejaría de ser consecuencia fatal de tal organización.

Otra respuesta he de dar. La administración no conservará par espacio de algún tiempo el carácter de imparcialidad que se la atribuye, ni la esclavitud será tan blanda como se piensa. La especulación socialista está viciada por una hipótesis semejante á la que

vicia las especulaciones del político "práctico." Supónese que la burocracia obrará como se desea, lo que nunca se verifica. El mecanismo del comunismo, como el mecanismo social actual, se hallará constituido por los elementos de la naturaleza humana existente; ahora bien, los defectos é imperfecciones de esta última producirán los mismos males en un caso que en el otro. El amor al poder, el amor propio, la injusticia, la deslealtad que á menudo, en lapsos de tiempo relativamente cortos, arruinan muchas organizaciones privadas, engendrarán allí donde sus efectos se acumulan de generación en generación males mucho mayores y menos fáciles de remediar; porque la organización administrativa, vasta, complicada y provista de toda clase de recursos, una vez desenvuelta y consolidada, es necesariamente irresistible. Y si se necesita la prueba de que el ejercicio periódico del poder electoral no bastaría á prevenir tales resultados, no hay sino citar el ejemplo de Francia. Aquí, el gobierno, popular en su origen y sometido al juicio popular con gran frecuencia, huella, no obstante, la libertad de los ciudadanos hasta el punto de que los delegados ingleses en el reciente Congreso de

las asociaciones obreras exclamen: "Es una deshonra para una nación republicana y una anomalía en una república."

La consecuencia final sería la resurrección del despotismo. Un ejército disciplinado de funcionarios civiles, confiere el poder supremo á su jefe, lo mismo que lo hace un ejército militar; y este poder ha conducido á menudo á la usurpación; ejemplos, la Europa de la edad media, más todavía el Japón, y á mayor abundamiento, nuestros vecinos en nuestra misma época. Las recientes confesiones de M. Maurepas, demuestran como un jefe constitucional, elegido por el pueblo y depositario de la confianza de éste, puede con el auxilio de algunos agentes poco escrupulosos, paralizar la acción de los Cuerpos representativos y tornarse dueño absoluto. Hay excelentes motivos para creer que aquellos que se elevaran á los primeros puestos en la organización socialista, no retrocederían ante ningún medio con tal de alcanzar sus fines. Cuando se oye decir al Consejo que los accionistas de ferrocarriles, quienes á veces ganando, pero muy á menudo perdiendo, han creado nuestra red de caminos de hierro y contribuido al gran desenvolvimiento presen-

te de la prosperidad nacional, "han puesto la mano" sobre nuestras vías de comunicación, es fácil inferir cómo los encargados de dirigir la administración socialista podrían interpretar los derechos de los individuos y clases colocados bajo su autoridad. Y cuando más adelante los miembros del mismo Consejo afirman que el Estado debe incautarse de los ferrocarriles, "con compensación ó sin ella," débese presumir que ninguna consideración de equidad impediría á los jéfes de la sociedad ideal tan deseada, seguir la política que creyesen indispensable, política que siempre iría de acuerdo con su supremacía. Bastaría una guerra con cualquiera sociedad limítrofe ó que alguna perturbación interior exigiese la represión por la fuerza, para que la administración socialista se transformase en una tiranía abrumadora, como la del antiguo Perú, bajo la cual la masa del pueblo, gobernada por una jerarquía de funcionarios, trabajaría á fin de sostener á los jefes, no quedándole sino los recursos precisos para arrastrar una existencia miserable; y en seguida reaparecería, con forma diferente, ese régimen del Estado, ese sistema de cooperación obligatoria, cuya tradición debilitada representan los

antiguos conservadores y hacia el cual nos conducen los conservadores novísimos.

"Pero estaremos en guardia, tomaremos precauciones contra tales desastres,"—dirán sin duda los soñadores. Trátase de políticos "prácticos" y sus nuevas medidas reglamentarias, ó de socialistas y sus proyectos de reorganización del trabajo, su respuesta es siempre la misma. "Es cierto que planes de naturaleza análoga han fracasado por causas imprevistas ó sucesos adversos, ó por consecuencia de la deslealtad de los encargados de su ejecución; mas ahora nos aprovecharemos de la experiencia adquirida y triunfaremos. Parece imposible conseguir que muchas personas comprendan una verdad, evidente sin embargo; y es á saber, que la prosperidad de las sociedades y lo equitativo de su organización dependen, en primer término, del carácter de sus miembros; y que ningún progreso puede cumplirse sin la modificación previa del carácter, resultante del ejercicio de la industria pácifica, bajo las restricciones impuestas por una vida social bien ordenada. Los socialistas, y con ellos los llamados liberales que les preparan diligentemente el camino, se imaginan que los defectos humanos pueden

ser corregidos á fuerza de habilidad por buenas instituciones. Es una ilusión. Cualquiera que sea la estructura social, la naturaleza defectuosa de los ciudadanos ha de manifestarse necesariamente en actos perniciosos. No hay alquimia política bastante poderosa para transformar instintos de plomo en conducta de oro.

NOTA.—Dos contestaciones á este artículo han publicado los socialistas: *Socialismo y Esclavitud*, por H. M. Hyndman; y *Herbert Spencer acerca del socialismo*, por Frank Fairman. Debo limitarme á decir que en ambos se me atribuyen, según costumbre de los adversarios, opiniones que no profeso. De que desapruere el socialismo no se sigue necesariamente, como pretende M. Hyndman, que esté conforme con la organización actual. Condeno con él muchas cosas; mas no admito el remedio que propone. La persona que firma con el pseudónimo de Frank Fairman me reprocha el no tener las mismas ideas que cuan-

do escribí en la *Estática Social* una calurosa defensa de las clases laboriosas. No tengo conciencia de este cambio. No por contemplar con ojos de indulgencia los tropiezos de las personas que arrastran una vida penosa y dura, se está obligado á transigir con los vagos.